



PRECIOS DE SUSCRIPCION: MADRID, UN MES, 6 RS.; PROVINCIAS, TRIMESTRE, LA SUSCRIPCION DIRECTA, 2-4; POR CORRESPONDENCIAL, 3-0; ESTERANJERO Y ULTRAMAR, 6-0. INSTRUCCION—MORALIDAD—RECREO. OFICINAS DEL ESTABLECIMIENTO: CALLE DE PRINCIPAL, MADRID. SE ENVIAN EN TODAS LAS LIBRERIAS Y EN LA ADMINISTRACION. SE ACEPTAN ANUNCIOS COMUNICACION

EL GUARDIA DE ORDEN PUBLICO.

Ha observado mucho á los guardias de orden público que decoran las esquinas de la calle, para explicarme la imposibilidad marmórea de su rostro, y la indiferencia con que presencian las riñas, atropellos, escándalos y demás sucesos públicos que arremolinan la gente en medio de la calle. No es insensibilidad; los guardias de orden público tienen corazón, lo cual atestiguan todas las crisis del distrito. No son de mármol desgraciadamente, porque cuando un díneral su mantenimiento; si bien tienen la propiedad de las estatuas, que permanecen inmóviles allí donde se les coloca. Los guardias duermen de pie, como los esqueletos de un Museo, descansando verticalmente en la cordura del vecindario, que á la vez descansa en los agentes.

El sopor natural que se apodera de todo individuo que ejerce cargo público, en el ejercicio de sus funciones se convierte en somnambulismo perpetuo, cuando el uniforme, aprisionando oficialmente el cuerpo del individuo, le quita su significacion personal, convirtiéndolo en instrumento de la ley. El alma del agente huye de la prisión del uniforme, y vuela por las regiones á que se puede elevar el alma de un guardia de orden público, mientras el cuerpo gana once reales petrificado en una esquina.

La verdad es que no se puede exigir que entregue el alma á quien no gana por ahora un perro grande; por algo se llama al conjunto de guardias cuerpo y no alma de orden público; suponer que una credencial despoja á un individuo de su libre albedrío, sería reconocer á un pliego de papel firmado, facultad de que Dios mismo no hace uso en su divina omnipotencia. El guardia de orden público pertenece al Estado solo su cuerpo. Se cuenta de ciertos personajes que vendieron su alma al diablo, cuando las almas valían algo; no se sabe de ninguno que haya vendido la suya al gobernador de una provincia.

Ved al guardia: su espíritu ligero se columpia en la cuna que mece en la casa de enfrente una pasiega; el cuerpo cumple con su deber sosteniendo con dignidad el traje reglamentario y el sable de ordenanza; tiene las manos cruzadas á la espalda para dejar más libre el tronco; su inmóvil cuerpo proyecta en la pared la sombra de un fraile arrodillado; como las fachadas de las casas, tiene un número en la suya, que la pasiega juega en la rifa del Pardo puntualmente; en su semblante sereno, se lee este tranquilizador anuncio: «No ocurre novedad en el distrito.»

La gaceta de los periódicos y la voz pública, sensorias perpetuas de los guardias, no pueden negar, sin embargo, la utilidad de los guardias, en el mero hecho de lamentar todos los días un desaparición del sitio en que suceden hechos graves. Los guardias, dando un ejemplo de moderación que no se observa en ningún otro cuerpo, jamás protestan, y siguen con paciencia prestando sus servicios. De vez en cuando, los periódicos consiguen rasgos de probidad y abnegación de algunos individuos: en el pecho de otros brillan quince ó diez y seis condecoraciones; algunos suben al capítular á un criminal, ó intervienen en una rifa. Estos oscuros sacrificios no obtienen los aplausos que logra en el teatro el actor que finje bien un rasgo heroico. La última hora del mártir aumenta considerablemente de valor, fijándose en que el guardia, como hemos dicho arriba, solo devenga en ella algunos céntimos, que faltan á su misera familia en las sucesivas.

Quita al guardia su imposibilidad y la seráfica inacción de su cerebro: infundídele el espíritu retozon de un noticiero, ó las alborotadas pasiones de un poeta; y los partes diarios del gobierno de provincia serán una colección de cuentos y de anécdotas, y la autoridad derramará flores y requiebros en medio de la calle. El guardia de orden público, es lo que debe ser; equívale á lo que cuesta, y cuesta lo que vale.

Posee á un pensador de pie junto á una esquina, escuchando frases sueltas de conversaciones empatazadas y distintas; viendo pasar y tropesarse gentes de todas condiciones, tristes y alegres, con caras patibularias ó inocentes; teniendo siempre en movimiento ante sí el oleaje humano incomprendible de las grandes ciudades; y es medio de aquel torbellino de personas, imponen la obligación á ese ser aislado de contener y apaciguar la multitud, de impedir las bruscas sacudidas de aquel conjunto enorme; el guardia no debe ser un pensador; y no siéndolo, ¿qué puede hacer un cerebro desocupado en las horas monótonas del día, sino dormirse en medio de la calle?

Por la acera de enfrente cruza una pareja descañada. Dentro del carruaje un hombre de sinievro mirar espía á la pareja. Un observador perspicaz advinará la exposición de un drama trágico, y acaso discurrirá desenlace ameno y agradable. El guardia nada vé, porque las gentes pasan á su

lado como sombras, y á fuerza de haber mirado mucho no distinguen nada.

Partícula de autoridad imperceptible, tiene de sí propio la más hamlida idea. ¿Qué es la autoridad? dice contemplando á un antiguo jefe superior, que recoge á dos pasos una punta de cigarro; y la lógica le ofrece las deducciones más modestas.

El drama se desenlaza y suena un tiro. El guardia despierta de su sueño: prueba si el acero corre por la fundar empuña el revolver y corre en dirección contraria del sitio en que sucede la catástrofe.

No tiene la culpa el guardia, que no ha estudiado física, sino las leyes engañosas del sonido que nos hacen tomar los ecos por el ruido primitivo; así es que el guardia corre revolver en mano tras el eco, que choca de pared en pared, de casa en casa, mientras las gentes caritativas llevan el herido á la casa de socorro.

José Fernandez Branca.

ros se distinguen siempre por la capa de cemento que cubre el suelo.

Un hecho curioso. En más de veinte hormigueros abiertos desde el mes de Octubre á fin de Mayo, las semillas que se encontraron, aunque bastante húmedas algunas, no habían germinado, mientras que en los alrededores, donde se habían sembrado semillas del mismo origen, las plantas reverdecían ya. Deseoso de encontrar una explicación plausible, el observador se entregó á una investigación. Por espacio de ocho meses estuvo examinando granos de semillas extruidos de los hormigueros; solamente algunos presentaban señales de germinación, y estos por lo general estaban mutilados como si se hubiese querido impedir su desarrollo. Moggridge no vacila en creer que las hormigas ejercen un misterioso poder sobre las semillas.

Para un naturalista el misterio es la ignorancia; la verdad es que falta descubrir por qué medios impiden las hormigas la germinación, no obstante el calor y la humedad. ¡Cosa extraña!

de paz y de guerra. A veces dos hormigueros están juntos y ocupados por individuos de una misma especie, ó de especies distintas. Cada nido tiene sus entradas independientes, y no hay relaciones de vecindad entre estas dos habitaciones, que parecen casi una misma. Ordinariamente no existe hostilidad entre las dos colonias; pero si se hace daño en alguno de los dos hormigueros las hormigas se arrojan furiosas sobre sus vecinas, y si las fuerzas son desiguales, la matanza es terrible. Parece que atribuyen á los individuos de la habitación inmediata el daño que se ha hecho á su hormiguero. Con frecuencia los vencedores arrebatan á los vencidos y se los comen.

Nadie que observe atentamente á las hormigas, puede dejar de sorprenderse á la vista de los cuidados que estas prodigan á las larvas y á los individuos cuya misión es perpetuar la especie, y en presencia de los difíciles trabajos que ejecutan, del orden que reina entre ellas, de la actividad, la paciencia, el valor y la inteligencia que despliegan. Sin embargo, al lado de estas nobles cualidades que honran á los pueblos, las hormigas muestran un carácter feroz. Para las colonias vecinas son siempre bandidos que no pierden ocasión de ejercitar su instinto de rapina.

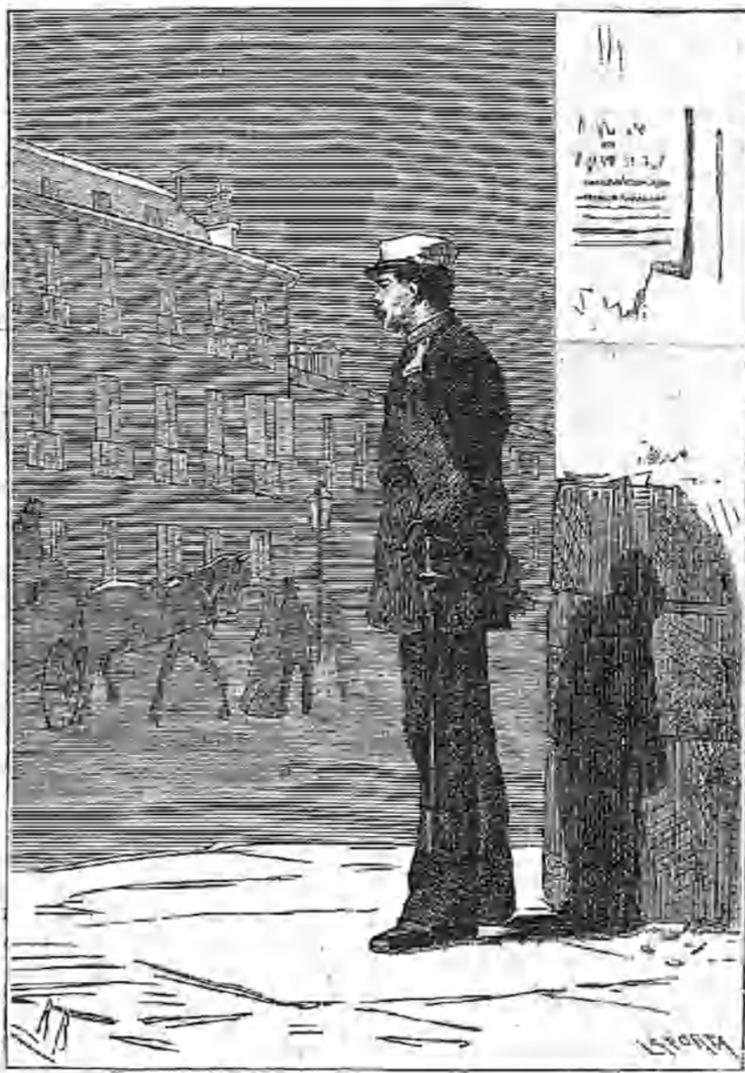
En este mundo microscópico se suceden unas á otras las guerras de spoliation. Dos nidos de hormigas negras se hallaban inmediatos; en el uno la población era numerosa; en el otro, bastante escasa. Las hormigas que se sentían fuertes no se avergonzaban de empeñar combates á cada momento con la colonia menos numerosa cuyos graneros estaban llenos ya. Por medio de estos repetidos ataques, iban debilitando la sociedad cuyos bienes envidiaban, y desde el momento en que creyeron que no habían de encontrar gran resistencia en un asalto, invadieron el nido mal defendido y se entregaron al saqueo. Moggridge ha visto durar la guerra entre estas hormigas hasta seis semanas. A veces las hormigas que han sido despojadas, luchan por reconquistar su propiedad perdida, y el observador que sigue con interés estos combates, no puede evitar el recuerdo de otras luchas emprendidas en más vastos teatros. Un día, una colonia de hormigas negras, marchaba como si se dirigiese á recoger la cosecha. De pronto se encontró con otra tropa que venia cargada de botín. Muy en breve ésta se vió robada.

En sus luchas, las hormigas se esfuerzan por coger á sus enemigas por las antenas, que es su parte más vulnerable, así que, las que van cargadas, se defienden mal. Terminada la recolección cesa todo acto de hostilidad entre los hormigueros vecinos, y los individuos de las colonias rivales en otro tiempo se encuentran sin molestarse ya. Hecha la paz, las sociedades empobrecidas por la guerra procuran reparar sus desgracias; las que han sido muy maltratadas perecen, y hormigueros donde se apiñaba una multitud de obreras quedan completamente deshabitados.

Solamente en medio de una libertad absoluta pueden los seres mostrar sus aptitudes; pero un observador no dejará de examinar, si le es posible, los individuos cautivos, á fin de apreciar mejor ciertos rasgos de costumbres ó ciertas particularidades de inteligencia. Moggridge quiso contemplar de cerca las hormigas recolectoras, cuyas costumbres había estudiado en los campes. Llevóse consigo dos nidos, cuyas habitaciones habían sido cuidadosamente preparadas; eran unas bonitas jaulas de paredes de vidrio cubiertas por una espesa capa de tierra y bien provistas de alimento. En una de las colonias no pudo descubrir ni una hembra fecunda, ni larvas; las hormigas parecían tristes y no trataban más que de escapar. Morían en el seno de la abundancia. En la otra colonia el espectáculo era totalmente distinto. Había una reina y larvas en abundancia. Con sorprendente actividad, las obreras se dedicaron á abrir galerías en la tierra cubierta de musgo. En menos de seis horas abrieron ocho agujeros, cuyos bordes rodearon con los materiales extraídos de las profundidades.

Al día siguiente la extensión de las construcciones era enorme. Las obreras habían trabajado toda la noche. El observador no pudo menos de admirarse de la inteligencia con que había sido concebido el plan general del edificio subterráneo. Hechos los primeros trabajos, emplearon muchos días en acondicionar los aposentos destinados á las larvas, y en asegurar las paredes de los graneros. Las numerosas aberturas que se veían en un principio, fueron cerradas, quedando tres únicamente y más tarde una sola. Se pudo observar cómo se arreglaban las hormigas para cortar las raíces que bajaban hasta las galerías. Reuníanse dos obreras, y una sujetaba la extremidad de la raíz, mientras la otra royéndola la cortaba al nivel de la bóveda.

En la jaula de vidrio había sido colocado un vaso con agua, y se veía á las hormigas echar en ella algunos individuos enfermos ó moribundos.



El guardia de orden público.

LAS HORMIGAS. (I)

II.

(Continuación.)

Cuando la habitacion en la roca ofrece algunos atractivos, el otro negro no tiene reparo en alojarse en la roca. Entonces las galerías y las habitaciones están mejor marcadas que en los hormigueros hechos en la tierra. Descubierta la hendidura, las hormigas sienten la tentación de apoderarse de estos abrigos accidentales. Sin embargo, no basta tener buenos vestíbulos, es preciso construir habitaciones. Los pobres insectos no retroceden ante trabajo tan gigantesco. Sacaban la piedra, arrastrándola con sus mandíbulas grano por grano. Con el auxilio de tan débiles herramientas abren galerías de más de 30 centímetros de largo, y aposentos más ó menos espaciosos. ¿Qué ejemplo de paciencia! Los espacios destinados á servir de grane

Estas semillas, que parecen alérgadas, cuando son extraídas del hormiguero y arrojadas á la tierra, se desarrollan lo mismo que las otras. Esta experiencia, repetida muchas veces, dió siempre igual resultado. Por lo demás, las hormigas no disponen acaso más que de medios muy sencillos, porque á ciertas horas se les vé sacar las semillas fuera del nido, ponerlas al sol y retirarlas después al hormiguero.

Estas hormigas de las orillas del Mediterráneo, siguen otro régimen alimenticio que las de los bosques del Norte, y hacen de las semillas su principal alimento. Bajo la influencia del calor y de la humedad, la materia amilácea se transforma en azúcar, y los insectos, no menos sensuales que laboriosos, la devoran con avida increíble. Las hormigas recolectoras trabajan en el otoño con tanto ardor y acumulan cantidad de provisiones tan considerable, que en el tiempo en que brotan las flores, sus graneros aun están muy lejos de hallarse vacíos. Estos animales aman la abundancia. En las orillas del Mediterráneo lo mismo que en los países del Norte, las hormigas viven en estado

(I) Véase nuestro número de ayer.

